

## TRES CARACTERÍSTICAS DE LA *REGLA* DE SAN BENITO<sup>15</sup>

¿Cuáles son en la *Regla* de san Benito las constantes que nos ayudan a precisar la atmósfera en la que debe desarrollarse la vida benedictina? Son tres que parecen más específicas: el carácter realista, el carácter sacral y el carácter alegre.

### 1. *El carácter realista*

San Benito destierra del monasterio todo lo que es artificial, postizo. “El Padre quiere adoradores en espíritu y en verdad” (*Jn* 4,23). Es muy normal que el monje tenga ese deseo de autenticidad en su vida. San Benito quiere que siempre la denominación responda a la función:

- el abad debe ser lo que de él se dice (cap. 2)
- el oratorio sea lo que de él se dice (cap. 52).

Que el abad no se recargue y quiera dirigirlo todo, y que en el oratorio no haya cosas inútiles. El postulante será examinado “si verdaderamente busca a Dios” (cap. 58) y los monjes “*serán verdaderamente monjes* si viven del trabajo de sus manos” (cap. 48).

Respetar a una persona o una cosa, es tratarla como ella debe ser tratada. Es por esto que el carácter realista de la *Regla* no es sino un aspecto de su carácter sacral. Porque es realista, san Benito hace de su monasterio un lugar donde -sin artificio- todo está inmerso en lo sagrado.

### 2. *El carácter sacral*

#### - *Las personas*

En cada persona es necesario respetar al mismo Cristo.

El Abad “creemos que hace las veces de Cristo en el Monasterio” (cap. 2). “Se le considera como quien hace las veces de Cristo” (cap. 63).

Los enfermos serán cuidados como miembros sufrientes de Cristo “como al mismo Cristo” (cap. 36).

Los huéspedes serán acogidos como Cristo, peregrino “recíbaselos como a Cristo” (cap. 53).

#### - *Las cosas*

Los bienes del monasterio, los instrumentos, los objetos deben ser respetados por el mayordomo (y por todos los monjes que los usan) “como vasos sagrados del altar” (cap. 31). San Benito se inscribe aquí en la tradición basiliana: “De qué manera aquellos a quienes les son confiados los útiles deben cuidar de los mismos. Partiendo de la base de que estos útiles están dedicados y consagrados a Dios (*Pequeña Regla* 143; PG 31,1177 B-C). “Si alguno hubiera perdido alguna cosa por negligencia o se extralimitase por desprecio. El que hubiera cometido este abuso será castigado como sacrilego”. El que hubiese perdido un objeto será juzgado como autor de un sacrilegio, estando todos los instrumentos (del monasterio) dedicados al Señor y consagrados a Dios” (*idem*, 144).

---

<sup>14</sup> Abad de Ligugé.

<sup>15</sup> Tomado de: *Collectanea Cisterciensia*, Tomo 31 - 1969 - 4. Tradujo: Mectildis C. Santangelo, osb. Abadía de Santa Escolástica.

Para san Benito la misma Biblia le suministra ejemplos de este carácter sagrado de las cosas materiales. En la construcción del Templo de Jerusalén, una glosa del libro *I de los Reyes* relata que: “durante su construcción no se oyeron en la casa martillazos ni sierras ni instrumentos de hierro en el templo” (6,7).

¿Se puede trabajar sin ruido? No siempre, pero el ruido no favorece el trabajo y turba su carácter sacral. San Marcos nos dice que Jesús: “No permitía que nadie transportase cosas por el Templo” (11,16); el episodio de los vendedores expulsados del Templo, ilustra esta exigencia. Según Zacarías, en el tiempo escatológico, los utensilios más vulgares (campanillas, ollas, marmitas) que serán utilizadas en Jerusalén, tendrán el carácter sagrado de vasos del Templo: todo será entonces marcado por el sello de la consagración definitiva a Dios: lo profano no existirá más (14,20-21). La presencia de Dios no es limitada: el monje debe “conservar en él la certeza de que Dios nos ve en todo lugar (*omni loco*)” (caps. 4 y 7). El monje debe, en todo momento, acordarse de los preceptos divinos (cap. 7). En un monasterio no hay lugar profano. No hay tiempo profano. La *Regla del Maestro* prescribe: “Todos los lugares del monasterio deben tener el aspecto de una iglesia a fin de que en cualquier lugar que los hermanos se encuentren, sea para ellos un lugar decente y agradable y placentero para orar” (53,64-65). San Benito también se inspira en la Escritura: “Sea que bebáis, sea que comáis, o cualquier otra cosa que hagáis, hacedlo todo por la gloria de Dios” (*I Co* 10,31).

La tradición cristiana ha insistido siempre sobre este aspecto. El poeta Prudencio en un himno que se cantaba antes de comer, pedía: “Fercula nostra Deum sapiant” (que estos alimentos tengan el gusto de Dios), y el ritual monástico de la bendición del dormitorio pide: “Dormientes te per soporem sentiant” (que los que duermen, aún en el sueño te sientan, Señor). La vida sobrenatural no cesa durante el sueño y es alabar a Dios dormir en el tiempo señalado: “Sanctis etiam ipse somnus oratio sit” (para los santos, también el sueño es una oración) [San Jerónimo, *Ep.* 26 a Eustoquio, 37].

“Me complace tanto ver a quienes me sirven, sentados en el refectorio para reparar sus fuerzas, como el placer que encuentra un hombre en dar la avena al caballo que debe llevarlo” (*Revelaciones del Señor a santa Gertrudis*, IV, 14). “No me preocupo por el hecho de dormir durante la oración, pues yo se que los niños agradan a sus padres tanto cuando ellos duermen como cuando están despiertos” (Santa Teresita. *Historia de un alma*, Cap. VIII).

Dos textos, uno de Péguy y otro de Claudel nos ayudarán a tomar conciencia de la importancia de este carácter sacral:

“Todos los honores convergían en este honor... Un sentido del respeto, de todos los respetos, de la razón de ser del respeto. Una ceremonia constante, por decirlo así... Todo era un ritmo y un rito y una ceremonia desde la madrugada... Todo era un acontecimiento sagrado... Todo era la más santa costumbre. Todo era una elevación interior y una oración toda la jornada, el sueño y la vigilia, el trabajo y el corto reposo; el lecho y la mesa, la sopa y la carne, la casa y el jardín, la puerta y la calle, el patio y el umbral de la puerta y los platos sobre la mesa. Ellos decían como riendo y, por molestar a los sacerdotes, que trabajar es orar y no se imaginaban que se expresaban tan bien. De tal modo su trabajo era una oración. Y el taller un oratorio” (Peguy, *L'argent*, pp. 15-16).

“Si los hombres tuvieran conciencia de lo que ellos hacen todos a la vez, en ese mismo instante tendrían el sentimiento de estar como en la Iglesia y de no desentonar en un coro. ¡Cómo se aman todos sin saberlo, y qué hermoso sería si lo supiesen! Lo que ellos hacen sin saberlo, yo querría que lo hicieran conscientemente. Así no habría nada profano, todo sería santo, todo estaría consagrado a Dios” (Claudel, *Conversations dans le Loir-et-Cher*, p. 102).

Por tanto, quien dice “sagrado” no dice enojoso, afectado, convencional, sino más bien, lo que se hace, lo que se vive con “diligencia”, es decir, con amor.

### 3. El carácter alegre

El monje debe estar dispuesto y alerta para vivir en la alegría. Al Comienzo de cada Hora del Oficio, san Benito hace decir un versículo del Salmo: “Ven, oh Dios en mi ayuda, apresúrate, Señor a socorrerme” (70,2).

En el Antiguo Testamento, Yahveh al establecer el primer ritual pascual había indicado; “Comeréis la carne del cordero pascual con toda prisa” (*Ex* 12,11) y había prescrito una vestimenta de viaje,, “Comeréis la pascua ceñidos los riñones, las sandalias en los pies, el báculo en la mano” (*idem*).

El Evangelio de Lucas señala muchas veces la prontitud en la acción: María se fue con prontitud a la casa de Isabel (1,39). Los pastores fueron a toda prisa al pesebre (2,16), Zaqueo se apresuró a bajar del árbol (19,5-6), Pedro corre al sepulcro la mañana de Pascua (24,12).

San Pablo declara: “La caridad de Cristo nos urge” (2 *Co* 5,4) y se describe a sí mismo como lanzándose hacia adelante (*Flp* 3,13).

Es pues allí, en una línea escriturística, que se sitúa el pensamiento de san Benito. Sólo en el Prólogo de la *Regla*, san Benito habla cuatro veces de correr; y es muy notable que en el primero de esos textos modifica -¿consciente o inconscientemente?- una palabra del Señor transmitida por san Juan, donde el cuarto Evangelio dice; “Caminad mientras tenéis luz”, san Benito dice: “*Corred* mientras tenéis luz” (prólogo). “Si queremos habitar en la morada de su reino, no llegaremos a ella si no es *corriendo* con las buenas obras” (vs. 21). “Preciso es que mientras hay tiempo aún y moramos en este cuerpo... *corramos* y practiquemos ahora lo que nos conviene para la eternidad” (vs. 42). “Por el progreso en la vida monástica y en la fe, *córrese*... por el camino de los mandamientos” (vs. 49).

En la misma *Regla*, san Benito define al monje como “aquel que se apresura” hacia la vida perfecta o hacia la patria celestial:

- Aquel que *corre* (*festinat*) hacia la perfección de vida.
- Tú... que te apresuras (*festinas*) por llegar a la patria celestial (cap. 73).

Eso se realiza en la vida cotidiana por la prontitud en la obediencia, la solicitud por el Oficio divino y la diligencia en la acogida a los pobres:

- El primer grado de humildad es una obediencia sin demora (*sine mora*) (cap. 5,1).
- Abandonar de inmediato lo que se está haciendo con la diligencia que inspira el temor de Dios (cap. 5,13).
- Los monjes deben, hecha la señal, acudir con suma presteza al Oficio Divino (*cum festinatione*) (caps. 22,6; 43,1),
- El portero debe responder “*mox et festinanter*” al pobre que golpea a la puerta (caps. 6,3 y 66,4).

## **Conclusión**

Al terminar este breve comentario, es preciso hacer -a modo de conclusión- tres observaciones:

- 1 - Estos tres caracteres, lejos de ser incompatibles, se complementan: ¿uno de ellos tiende a devenir preponderante? ello ocurre a expensas de los otros y el equilibrio se rompe. El realismo deviene prosaísmo minucioso, lo sacral se hace solemnidad pesada, la alegría deviene familiaridad impertinente.
- 2 - Estos tres caracteres sin ser objeto de ningún capítulo especial en la *Regla*, ayudan a precisar la personalidad de san Benito: el santo no podía enseñar sino lo que él había vivido. “*Sanctus vir nullo modo potuit aliter docere quam vixit*” (*Diálogos* II,36). Sentido de lo real, sentido de Dios, sentido de la brevedad del tiempo: es toda la psicología de san Benito que se transparenta a través de los textos de la *Regla*. La frecuente emergencia de estos tres caracteres no ayuda a captar el alma de san Benito apasionado por la verdad, penetrado de la presencia de Dios, impaciente por llegar al fin y de ver arribar al mismo a sus discípulos.

3 - Esos tres caracteres son eminentemente actuales. El mundo moderno tiene la preocupación de la autenticidad, coincidiendo así con el pensamiento de san Benito que quiere que las personas y las cosas sean verdaderas. El mundo moderno ha perdido el sentido de lo sagrado y sufre por ello oscuramente. La necesaria “secularización” a menudo se acompaña de “profanación”: hay allí un peligroso equívoco contra el cual san Benito puede poner en guardia. El mundo moderno tiene el culto de la rapidez, esta pasión que lo impele a ir siempre más ligero, a estar informado más rápidamente: que lo aplique a oír sin demora la Palabra de Dios, la única buena noticia siempre nueva, que él la aplique a apresurarse en dirección al cielo: entonces será discípulo de san Benito.